



***“¡Qué omnipotencia la de Dios!
¡Qué dicha tener un Dios tan grande!” (carta 304)***

ADORAR PODEMOS TODOS

Todos podemos adorar. Cada mujer y cada hombre; cada niño y anciano; de cada raza, nación, color y clase social, tiene una capacidad innata -don del Dios siempre mayor- de maravillarse. Es algo profundamente humano.

Es lo que siente una madre al acunar en sus brazos por primera vez a un hijo suyo recién nacido. Es aquel asombro que brilla en los ojos negros y profundos del indígena que, con su oído pegado a la Madre Tierra, escucha el despertar de toda la vida de la selva dentro de su vientre maternal. Es el sentimiento temeroso ante el poder sobrecogedor de una tormenta zapateando sus truenos y relámpagos. Es la maravilla que dilata el corazón de un niño ante “lo mágico” que

encierra la aventura de la vida. Es el aplauso espontáneo o la emoción en los ojos humedecidos ante la belleza de una sinfonía o una pequeña flor. Es la admiración que provoca un acto heroico o el pasmo que muchos hemos sentido al volar por primera vez o al estrenar un E-Mail o el Internet.

Recuerdo siempre una mirada brasilera fascinada y sorprendida ante la nieve chilena. Rafaela María recordaba siempre su pequeñez ante la imponente inmensidad del mar.

El maravillarse es siempre una experiencia espiritual. Es algo también que define nuestra creencia -sea lo que sea la creencia o falta de ella que profesemos-. Constituye el dinamismo de nuestra relación con Dios, grabado en el fondo de nuestro ser. Nuestra



*Es la
maravilla
que delata el
corazón de
un niño ante
"lo mágico"*



pequeñez y fragilidad se vuelven dependencia ante su trascendencia; el temor, quitadas las sandalias, se vuelve reverencia; el asombro se hace mirada contemplativa, abierta al misterio divino; el aplauso, callándose, se pierde en un culto de alabanza; y la maravilla se llama adoración.

*Es sentirse
asombrosamente
acariciado*



Y cuando se trata del Dios cristiano, el Seducido por la humanidad, por ti y por mí, que ama con locura y con pasión, la adoración es sólo dejarse amar locamente. Es saberse increíblemente abrazado; es sentirse asombrosamente acariciado; es balbucir apasionadamente enamorados: "Te quiero también". Es vivir de rodillas,

sorprendido por los besos volados de Dios, Padre y Madre, Hijo y Espíritu hechos historia en los mil detalles de lo cotidiano. Es una manera de ser: el de adoradores en espíritu y verdad que vivimos todo desde Dios, adoradamente. Es una manera de ver la realidad: desde un corazón limpio que vislumbra a Dios.

Es seguir de cerca, cómplices, a Jesús, el Hijo amado, Adorador del Padre. Una voluntad de "exponerse", de encarnación y cercanía. Una voluntad de parto; de dar a luz la vida nueva para toda la creación, vida en abundancia. Una voluntad de entrega definitiva, de "pan hecho migajas entre las manos del Padre" (1) para todos, para siempre, en la Eucaristía.

Y cuando se trata de Jesús Eucaristía, adorar es, ante todo, creer. Es un grito de fe en la presencia de Jesús, Dios encarnado, en el pan y vino. Pero no es un grito solitario e individual, sino una voz convocada y enviada. Es creer en nombre de la Iglesia, de todas las Iglesias que somos; de todos los creyentes y los que aún no "lo conocen y lo aman".

Es convicción emocionada de que "Dios está aquí tan cierto como el aire que respiro". Es decirselo con cariño asombroso. Es bailar por dentro al reconocerlo en el pan; es arder el corazón, aquel corazón humilde de Rafaela. Es intimidad apostólica. Es pasar horas mirándose mutuamente. Es el "perder el tiempo" de rodillas que anuncia y construye el Reino. Es abrazo tierno que se abre para englobar al mundo entero.

Adorar a Jesús Eucaristía es también estar involucrados en la causa de Jesús, su estilo y destino. Es "masticar" el "este es mi cuerpo que será entregado por vosotros", gustando de su acción redentora hecha presente en cada Eucaristía. Es alimentar el deseo y la voluntad de entregarse. Es aprender a comprometerse y dar la vida por nuestros hermanos y hermanas. Es aprender a amar "hasta el extremo". Es



rezar por “los muchos” que caben en el Corazón traspasado de Cristo. Es intercesión salvífica que hace memoria de todos los que conocemos por nuestras pantallas y los titulares de prensa, y aquellos cuyo sufrimiento se calla o se miente.

Adorar a Jesús Eucaristía es también sumergirse en el “perdón de los pecados”. Es reconocerse pecador pero abrazado por el Padre que espera nuestra vuelta a diario y que busca al que se pierde en el camino a casa. Es desmenuzar la ternura maternal de un Dios que comprende, cuyo amor es más grande que nuestra fragilidad, nuestras limitaciones y fallos, nuestras pequeñas, y cuya caricia nos sana y repara. Es empaparse en la compasión de un Dios rico en misericordia. Es hacer eco de la oración liberadora de Cristo Crucificado: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Padre, perdónanos; a mí, a ti, a todos los que sufrimos y hacemos sufrir, a veces sin saber, a veces sin querer.

Adorar a Jesús Eucaristía es también entrar en la dinámica del proceso de pan que es “fruto de la tierra y del trabajo de los hombres” y mujeres de nuestros tiempos y nuestras tierras. Es un espacio donde dejarle contagiarnos una mayor solidaridad, hacernos solidarios con todos ellos, como Jesús, el Dios pobre, el Dios solidario. Es reverenciar la tierra amenazada por la contaminación y la depredación. Es ponerse al lado de los campesinos y obreros del mundo, oprimidos por el trabajo duro y mal remunerado. Es denunciar los salarios abusivos, los derechos pisados, las tierras apropiadas.

Adorar a Jesús Eucaristía es también una lección en humildad y pequeñez. Contemplar a Jesús es contemplar al Rico que se hizo pobre; al Todopoderoso que se hizo frágil; al Dios tan grande que se hizo pequeño, que se hizo niño, hombre y pan. Es contemplar al que llena el universo y es la Plenitud de todas las cosas, que se vació. Es limpiar la mirada y enfocar la vista para poder ver a Dios en los pobres



y pequeños. Es descubrir la belleza que se esconde en lo pequeño y el encanto que encierra la humildad. Uno se despide de Jesús Eucaristía un poquillo más humilde y tal vez un tantito más pequeño.

Adorar es... tantas cosas. Pero sobre todo es una cita con Jesucristo, y todo lo que fue, es y será una cita, también, con toda la humanidad, con todo lo que es y lo que puede ser. Una cita que nos inserta en el corazón de la realidad y la historia, Una cita de una hora que vuela en su compañía. Adorar es inseparable de lo que somos como seres humanos, como hechura de Dios, como seguidores de Jesús. Es inseparable de nuestra identidad de Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Y la maravilla es que todos podemos adorar.

(1) González Buelta, sj.

Margaret Scott, aci